



**CARLOS
ELIZONDO MAYER-SERRA**
@carloelizondom

Una reforma electoral que debilite al árbitro o desbalancee la competencia sería el retroceso democrático más grave.

Árbitro débil

Con un solo voto en contra, los diputados aprobaron el pasado martes un cambio en la ley electoral que permite a los partidos políticos pagar más lentamente las multas que les imponga el INE por violar la ley. ¿Es el primer paso? Morena quiere una reforma constitucional electoral antes de que termine el mes. Tienen prisa.

Hay temas donde todos los partidos coinciden. No quieren, por ejemplo, un tribunal electoral con las competencias para entrometerse en su vida interna por violar sus propias reglas. A partir de ciertos objetivos comunes, Morena intentará minar las facultades y la autonomía del INE.

La sucesión adelantada de AMLO requiere de un árbitro débil. Para maximizar su poder después del 2024, Morena buscará tanto reglas de asignación de diputados y senadores que favorezcan al partido más grande como que los partidos tengan menos dinero. El gobierno tiene los recursos públicos.

Fortalecer al árbitro fue la lógica detrás de las sucesivas reformas electorales de las últimas décadas. Se elaboraron reglas estrictas y detalladas en pos de la equidad en la contienda para poder sacar a quien estuviera en Los Pinos. El más hábil para ganar con cada reforma fue el PRD, sobre todo tras la llegada de AMLO a su presidencia. El gobierno no quería un boicot electoral. Fue cediendo.

Si el problema en 1988 fue cómo se computaron los votos, se construyó una maquinaria para que se contaran bien y un padrón electoral confiable. Si el problema en el 94 fue el exceso de recursos y acceso a los medios de comunicación del candidato del PRI, se construyeron reglas para contener ese abuso. En el 2000 ganó la oposición y no hubo una reforma. En el 2006, AMLO presionó para renovar al Consejo General del entonces IFE y se reguló la propaganda electoral en los medios de comunicación electrónicos. En el Pacto por México en el 2012, la oposición le sacó al PRI la creación de un órgano electoral nacional, el INE.

Estas reglas han impuesto restricciones a todos los partidos. Pero quien detenta el poder tiene tantas ventajas en la competencia que tener un árbitro débil implica el riesgo de regresar al mundo donde un electorado enojado no tenía realmente la posibilidad de sacar al gobierno con sus votos. Ésta es la definición mínima de democracia.

A diferencia de la reforma que extiende la participación de las Fuerzas Armadas en materia de seguridad pública hasta el 2028, demanda apoyada por los gobernadores de todos los partidos, acá todos menos Morena pueden perder mucho. ¿Están dispuestos el PT y el PVEM, aliados de Morena, a tener un árbitro débil y una disminución en los montos que reciben los partidos? Hoy valen para Morena porque los votos se cuentan bien y aportan dinero para las campañas.

La oposición es ingenua si cree que es posible hacer una reforma favorable a sus intereses. Las reformas electorales se deben hacer al arranque del sexenio. Históricamente han sido para resolver un problema desde la lógica del derrotado, no de quien ganó desde la oposición. Su triunfo avala la inexistencia del fraude. Lo mejor para la oposición es un árbitro fuerte. Por prudencia, mejor ni tocar la Constitución, donde tienen el poder de veto si el PRI no acepta ir con Morena.

En las negociaciones oscuras del Congreso, antes con moches y hoy con una combinación de garrote y zanahoria, cualquier cosa puede pasar. De aprobarse una reforma electoral que debilite al árbitro o desbalancee la competencia electoral, estaríamos ante el retroceso más grave de la vida democrática de este país, hoy ya considerado semi-democrático por la mayoría de los índices que miden el estado de la democracia en el mundo.

¿Por qué el partido más grande y fuerte, con un Presidente popular e impermeable a los desaciertos, está obsesionado con debilitar al árbitro? ¿Están inseguros sobre el futuro y con poca confianza en el pueblo en cuyo nombre gobiernan?